

La crisis de 1930 y la teoría económica

"... la Gran Depresión es el suceso más importante de lo que va de siglo . . . , al menos para los americanos.

Ninguna de las dos guerras mundiales tuvo un efecto parecido sobre tantos. La liberación de la energía atómica, aunque pudo inducir a cierta precaución de los beligerantes patológicos, tuvo unas consecuencias menores. Los viajes a la Luna son cuestión de detalle en comparación con aquella.

Pocos de los que sobrevivieron a la Gran Depresión no cambiaron con esta experiencia".

John K. Galbraith

La crisis de 1930 y la teoría económica

Marco P. Naranjo Chiriboga (*)

1. CARACTERIZACION DE LOS AÑOS 30

Uno de los aspectos más importantes de la teoría económica es el que tiene que ver con las llamadas *crisis*, *recesiones*, *depresiones*, etc., sobre todo después de la comprobación empírica de que tales eventos son posibles en la sociedad moderna; en realidad, la historia de la humanidad transita por ciclos de auge y prosperidad que se contraponen con otros de crisis y pobreza.

Específicamente, en los años 30, el planeta sufrió un derrumbe económico a pesar de que, al menos en apariencia, las condiciones materiales y naturales eran altamente ventajosas; en general, la humanidad había sufrido catástrofes materiales debido más bien a factores naturales como terremotos, erupciones volcánicas, estaciones invernales de crudismo inusitado, sequías, etc. Al parecer, en los años 30, ninguno de estos fenómenos ocurrían, o si pasaban eran mínimos; por lo que el *crac* de la tercera década se lo ha considerado como un problema eminentemente económico.

1.1 *Los años de 1920: Un período de reconstrucción y auge*

Antes de observar en detalle lo sucedido en los años de la crisis de los treinta, consideramos pertinente realizar una visión del estado del mundo en la década

(*) Grado de Economía en la Universidad Católica del Ecuador.- Profesor en la Facultad de Economía de la PUCE. Presta sus servicios en la Hemeroteca del Banco Central del Ecuador.

inmediatamente anterior, período de singular importancia para entender la depresión sufrida por el planeta en la tercera década. En efecto, el antecedente más próximo a la recesión fue lo contrario de ésta, un auge espectacular en el producto, en el ingreso y en el empleo. Casi todos los países desarrollados tuvieron una alta tasa de crecimiento; así tenemos: la producción mundial de materias primas en el cuatrienio 1925–1929 aumentó en un 11 por ciento, la producción industrial en un 27 por ciento y el crecimiento del comercio mundial registró una tasa de incremento de aproximadamente el 20 por ciento. ⁽¹⁾

Los años veinte corresponden precisamente a los de la primera posguerra; en la década anterior, a partir de 1914, el mundo se había enfrentado a la primera gran conflagración de los tiempos modernos, fruto de las contradicciones dadas en las potencias europeas, sobre todo, al ver reducidos sus mercados *naturales*, los mismos que eran fundamentales para mantener el desarrollo de sus industrias crecientes. El conflicto había originado una interrupción importante de las corrientes comerciales y la ruptura del patrón de cambios internacionales que era liderado por la primera potencia industrial: la Gran Bretaña. Dicho patrón no logró jamás restablecerse plenamente, pues el esfuerzo de la guerra había liquidado para siempre a su líder.

El *adios a las armas* y la finalización del conflicto condujo a los perdedores a desequilibrios insalvables. Por ejemplo se vieron depreciaciones monetarias en Alemania, Austria y Rusia que se volvían impredecibles; los precios cambiaban en menos de horas y se asistían a fenómenos de *hiperinflación*. El conocido economista norteamericano John K. Galbraith señala al respecto lo siguiente:

"El drama final del dinero de posguerra se presentó sobre todo, en Austria y Alemania. La inflación alemana, en particular siguió un curso devastador. Los precios subieron de un modo ilimitado. Al final no se compraba nada con dinero ⁽²⁾."

Efectivamente, y de acuerdo con los datos que nos trae este mismo autor, la corona austriaca se depreció de 4,9 por dólar, de antes de la guerra, a 70.000 coronas por dólar en 1922. Por otro lado, la evolución de los precios en Alemania tuvieron características de vértigo, sobre todo los internos; así tenemos que a finales de 1922 eran 1.475 veces superiores a los de 1914 y en noviembre de 1923 habían alcanzado la inverosímil cantidad de 1.422.900.000.000 veces por arriba de los precios de antes del conflicto bélico. Esta hiperinflación se reflejó en la caída del marco alemán con relación a la libra esterlina y al dólar estadounidense;

así tenemos que: "... en 1921, el marco aproximadamente estaba a 81 por dólar. A mediados de 1922 había bajado a 670... en la primavera de 1923 el marco había descendido a 30.000 por dólar y el 18 de junio un dólar valía 152.000 marcos, en julio bajó a un millón" ⁽³⁾. Finalmente, Alemania debió crear una nueva moneda; el 20 de noviembre de 1923 dejó de funcionar el *viejo reichsmarck* y empezó a circular el *retenmark* que equivalía a un billón de los anteriores.

La crítica situación que vivieron los países mencionados habría sido causada por los insostenibles pagos a que fueron obligados por los vencedores de la guerra. Estos pagos eran imposibles para economías devastadas por el conflicto y que fueron denunciados como fatales por el economista más importante del presente siglo, John Maynard Keynes, en su obra publicada en 1919 e intitulada: *Las Consecuencias Económicas de la Paz* ⁽⁴⁾.

Si bien algunos países, sobre todo los derrotados, sufrieron fuertes desequilibrios en los inicios de la década de los 20, la propia reconstrucción material de lo perdido por el conflicto originó un importante desarrollo de la inversión y del empleo. Es de señalar, sin embargo, que el fantasma de la crisis estuvo presente en medio del auge de los años 20 y la señal evidente la dio la Gran Bretaña en 1921, año en el que se produjo una aguda depresión, pues los precios, sobre todo los de los productos de consumo inmediato, bajaron al terminar *la escasez de los tiempo de guerra*. El desempleo hizo su aparición con una tasa del 12,6 por ciento de la población económicamente activa; así se llega a 1924 con un millón de parados ⁽⁵⁾.

Pero lo que mantuvo este estado de cosas en el imperio británico fue la decisión que se tomó en 1925 de regresar al patrón oro anterior a la guerra y buscar que el oro y la libra esterlina sean indiferentes como en los mejores tiempos. La búsqueda de dicha preeminencia, en una economía donde las exportaciones flojeaban continuamente, hizo que Inglaterra necesite préstamos crecientes de quien, con el pasar del tiempo, se había convertido en la primera potencia mundial, los Estados Unidos. Cuando todas las voces se alzaban por las ventajas de la devaluación de la libra a fin de estimular las exportaciones, el gobierno (Winston Churchill era el Ministro de Hacienda británico en 1925) defendía volver a la libra al mismo contenido de 127,27 gramos de oro puro de antes de la guerra. Esto significaba un cambio de 4,87 dólares por libra, cuando en 1920 había bajado a 3,40 dólares. El primero en señalar las desventajas de dicha política fue John M. Keynes quien consideraba que "con la vuelta al oro en la antigua paridad, Gran Bretaña aceptaba la necesidad de una dolorosa depresión de precios y salarios, con los

consiguientes estancamiento y empleo, todo lo cual podría dar origen a una fuerte tensión social" ⁽⁶⁾. Efectivamente, el desempleo continuó elevado, del 7 al 9 por ciento de la fuerza de trabajo y los precios siguieron bajando.

En el otro lado del Atlántico, Estados Unidos disfrutaba de una prosperidad no conocida antes. La guerra, en la que intervino más bien en forma secundaria, le había gestado la posibilidad de convertirse en el primer proveedor y acreedor del mundo; sus posibilidades materiales y naturales eran infinitas y hasta desconocidas. Sin embargo, la década de prosperidad tuvo un inicio vacilante debido a la sobreproducción agrícola que originó un fuerte decaimiento en los precios de los artículos de ese sector. En realidad, toda la década fue de malos augurios para la agricultura norteamericana y mundial una vez que se recuperaron los países beligerantes e incrementaron sin control su producción primaria.

Pero la baja de los precios de las materias primas dio un notable impulso a las actividades industriales, las mismas que se vieron beneficiadas por notables incrementos de producción y productividad por trabajador frente a precios y salarios relativamente constantes; por ejemplo, para citar un dato, la productividad de las empresas textiles norteamericanas creció en un 43 por ciento por trabajador en el decenio 1919-1929 ⁽⁷⁾. Estas condiciones ventajosas permitían beneficios inusuales, a los que había que sumar las continuas bajas en los impuestos a la renta decretados por el Gobierno de los Estados Unidos. Dichos beneficios se destinaron en una gran proporción a la inversión en bienes de capital cuya producción aumentó a una tasa del 6,4 por ciento anual durante la década de los 20; la producción de bienes de consumo no duradero (bienes finales) se incrementó a una tasa anual del 2.8 por ciento en el mismo período ⁽⁸⁾.

Pero este ambiente de prosperidad implicaba la existencia de una demanda que le correspondía. La creciente renta debía ser gastada o invertida, de lo contrario surgirían dificultades; sobre todo se debía prestar atención a la inversión pues los beneficios fundamentalmente se destinaban a este rubro. Sin embargo, existía falta de posibilidades de colocación de los fondos dentro de los propios Estados Unidos, por lo que en esos años se registran préstamos para la reconstrucción de las ciudades alemanas y para varios países latinoamericanos. La prosperidad de las rentas generó también una imbricada estructura empresarial en el que tuvieron cabida compañías ficticias como los *holdings* y los *trusts de inversión*; dichas empresas se dedican fundamentalmente a la colocación de fondos percibiendo

por esta función crecientes comisiones y utilidades desde el sector productivo. Esto a la larga provocaría una desviación de las inversiones productivas hacia las especulativas, proceso que se acentuaría a finales de la década de los años veinte.

Para ubicarnos mejor dentro de lo que significó el auge mencionado, bien vale la pena recoger los datos que nos trae un buen estudio realizado sobre el auge de la década de 1920 vivido por la economía norteamericana; así tenemos que: entre 1925 y 1929 el número de empresas manufactureras aumentó de 183.000 a 206.700 y el valor de la producción de dichas empresas se incrementó de 60,8 a 68 miles de millones de dólares; el desempleo de la fuerza de trabajo había disminuido al 3,1 por ciento y entre 1925 y 1929 los salarios generales habían crecido en un 8 por ciento. Por otra parte, las bolsas de valores registraban índices en constante ascenso y sólo la Bolsa de Nueva York en 1928 había alcanzado un volumen de contrataciones correspondiente a la cifra 920'550.032. En ese mismo año, el índice *Times* había aumentado 86 puntos. Estas tendencias se mantuvieron hasta el primer semestre de 1929 ⁽⁹⁾.

Es necesario dejar indicado que en esta época hubo una importante afluencia de oro hacia los Estados Unidos, país que se convirtió en el *refugio* de los ahorros europeos; así tenemos, los depósitos que eran de 2,9 mil millones de dólares a finales de 1918 pasaron a 4,3 mil millones en 1926⁽¹⁰⁾. Sin embargo, esta afluencia de oro no implicó una mayor oferta monetaria en tanto el Banco de la Reserva Federal (Banco Central de los Estados Unidos) utilizó operaciones de mercado abierto, como la emisión de títulos del Gobierno, a fin de evitar un alza en los precios. Estas prácticas significaban contravenciones al sistema de *patrón de cambios oro* al cual se había acogido los Estados Unidos; pues el oro no tenía ningún efecto sobre los préstamos, los depósitos, la tasa de interés, los precios. El sistema monetario era dirigido desde la reserva federal impidiendo que los efectos reguladores del patrón oro se produzcan. Aunque esta política monetaria adoptada beneficiaba directamente a norteamérica en tanto las tasas de interés permanecían altas manteniéndose el atractivo del oro. Se ha considerado que dicho manejo fue eficiente e incluso el gestor de la prosperidad que vivieron los Estados Unidos en los años veinte. El reconocido autor Milton Friedman sobre lo mencionado señala:

"La época dorada del Sistema (de Reserva Federal) se produjo sin lugar a dudas durante el resto de la década de los veinte. A lo largo de estos pocos años ac-

tuó como un verdadero volante de regulación, aumentando la tasa de crecimiento monetario cuando la economía daba muestras de flaqueza, reduciéndola cuando empezaba a crecer demasiado a prisa . . . Además, actuó con la ponderación suficiente para evitar la inflación. El resultado de un clima económico y monetario estable fue un rápido crecimiento económico" ⁽¹¹⁾.

1.2 Los años de 1930: un período de crisis y recesión

La crisis de los años 30 posee elementos que la caracterizan y evidencian. Generalmente, esta crisis ha sido asociada a caídas espectaculares en la Bolsa, cosa que efectivamente ocurrió; sin embargo, la debacle en el mercado bursátil sólo era el reflejo de lo que vivían los demás sectores de la economía. Las dificultades aparecían en el producto, en el empleo, en los precios, en los niveles de intercambio, etc. De todas, lo más notable en un primer momento, fue el pánico que vivió la Bolsa de Valores de Nueva York.

Empezamos evidenciando y caracterizando la crisis de los años treinta con lo ocurrido en Wall Street. La prosperidad vivida en la década de los años veinte llevaba en su seno el germen de la depresión; el auge se había traducido en una ampliación insegura de los créditos con la utilización del sistema a plazos, o sea, los ciudadanos norteamericanos habían estirado sus ingresos con la seguridad que les proporcionaba la alta rentabilidad que venían obteniendo en sus operaciones bursátiles; si fallaban dichas utilidades una masa importante de créditos quedarían impagos y se produciría el pánico. Dicho acontecimiento efectivamente sucedió. El jueves 24 de octubre de 1929, llamado por los tratadistas *el Jueves Negro*, cayeron en picada los valores bursátiles de la Bolsa de Nueva York, a este día le siguió en la semana posterior el conocido como *Martes Negro* en el cual el índice industrial que publica el famoso diario neoyorquino *Times* señalaba una pérdida de 43 puntos, esto significaba que se había perdido la ganancia de un año. En realidad la evolución de los valores en Wall Street estuvo caracterizada por un constante descenso durante todo el tiempo posterior a la caída ocurrida el *Jueves Negro*, así tenemos que el 3 de septiembre de 1929, el índice industrial publicado en el *Times* cerró a 452, el 8 de julio de 1932, el mismo índice señalaba 54 ⁽¹²⁾. Los derrumbes de la bolsa fueron en verdad catastróficos, sobre todo después de las expectativas de prosperidad que se habían venido reflejando. En los primeros meses que siguieron al *crac* de octubre, el mercado retrocedió todo lo ganado en dos años; desaparecieron 40.000 millones de dólares valores en ese corto lapso,

al cabo de tres años, en 1932, la fortuna de los inversores se había reducido en un 80 por ciento ⁽¹³⁾. El siguiente cuadro nos muestra la evolución del valor de las acciones en la Bolsa de Nueva York.

Cuadro N° 1

Cotización de las acciones en la Bolsa de Nueva York

	Indice
1929	125,43
1930	95,64
1931	55,47
1932	26,82
1933	36,00
1934	39,16
1935	41,97
1936	58,98

FUENTE: Mitchel, B., *La Década de la Depresión* ⁽¹⁴⁾.

La caída como se evidencia es notable, especialmente en los tres años posteriores de 1929. En este cuadro no se incluyen otros papeles que también se transan en la Bolsa y que tuvieron una evolución parecida a las acciones de las compañías.

Pero si bien el mercado bursátil tuvo la fuerza contundente de la más clara evidencia de la crisis, esta no le pertenecía en exclusividad, como ya señalamos, aquel sólo era reflejo de lo sucedido en el sector real de la economía. En efecto, de acuerdo a John K. Galbraith "... el comportamiento de la Bolsa era una reacción a fuerzas más profundas y más fundamentales; no era en sí mismo una causa importante de cambio" ⁽¹⁵⁾. En otra de sus obras, este mismo autor señala: "... el mercado de valores no es otra cosa que un espejo en el cual se representa una imagen de la subyacente o fundamental y básica situación económica" ⁽¹⁶⁾. Igualmente, otro autor que ha analizado el crac de los años treinta, como es el profesor Friedman, señala que el desastre en el mercado de capitales era un reflejo de las dificultades económicas en aumento ⁽¹⁷⁾. En efecto, los indicadores más usados para determinar si la situación de una economía es depresiva o no —como básicamente son el producto, el empleo, los precios, los niveles de intercambio— tienen caídas contundentes. En general, la economía mundial atravesaba por problemas de colocación o realización de la producción.

El auge anterior había gestado un incremento incontrolado de la producción y la productividad, sobre todo, el crecimiento de los bienes de capital se realizó sin ningún control ante una demanda que crecía por las altas utilidades que se reinvertían.

La igualdad entre el ahorro y la inversión era un dato sin refutación, pero los problemas habían empezado a gestarse desde mucho antes del *crac* de la Bolsa; la misma decaída agricultura los evidenciaba desde comienzos de los años veinte cuando la sobreproducción arruinó los precios. Esta sobreproducción se generalizó a todas las ramas de la producción, incentivadas por los altos beneficios. Al no poderse realizar las mercancías en el mercado por la sobreoferta, los precios empezaron a caer, las industrias se protegieron tratando de reducir sus costos, y lo indicado era disminuir la producción, lo que generaba que baje el empleo; esto a su vez ocasionaba que la gente disminuya su consumo una vez que al quedar desempleados sus ingresos caían; el círculo continuaba con una depresión de demanda que hacía bajar aún más los precios con la consiguiente disminución en la producción. Aberrante era el esquema en que se desenvolvía la economía y las soluciones propuestas por la teoría, en determinados momentos, tendían a profundizar aún más los conflictos.

Los datos que poseemos sobre este período nos muestran las caídas constantes y crecientes en el producto, la inversión, los precios y el empleo. Por ejemplo, el premio Nobel de Economía y conocido autor, Milton Friedman, señala: "En Estados Unidos la renta monetaria (con relación a 1929) se redujo a la mitad antes de que la economía alcanzara su punto más bajo de la crisis en 1933. La producción mundial disminuyó un tercio, y el desempleo alcanzó la cifra sin precedentes del 25 por ciento de la población activa" ⁽¹⁸⁾. Efectivamente, el producto nacional de los Estados Unidos en 1933 era, a precios constantes, un 50 por ciento inferior al de 1929 y la renta per cápita en ese año, 1933, era igual a la obtenida en 1908, se había retrocedido 25 años. Lo cierto es que los problemas surgían en todas las ramas de la producción; la agricultura, decaída en pleno auge de los años veinte, acentuó sus dificultades; el sector industrial, que se había beneficiado de bajos costos, sobre todo de materias primas baratas, tuvo una caída de vértigo en los años depresivos. Los siguientes cuadros nos muestren la evolución de esta importante rama de la producción.

Cuadro N° 2**Aumento de la Producción Industrial en 1929 respecto de 1913**

PORCENTAJES	
Estados Unidos	74
Bélgica	52
Francia	39
Alemania	10
Gran Bretaña	9

FUENTE: Review of World Production, publicado por la Sociedad de las Naciones.

Cuadro N° 3
Producción Industrial varios países
1928 = 100

PAIS/AÑO	1929	1930	1931	1932	1933
Estados Unidos	107,2	86,5	73,0	62,5	56,5
Gran Bretaña	106,0	87,8	88,8	90,1	89,9
Francia	109,4	110,2	97,6	79,5	80,8
Alemania	100,4	90,1	73,6	61,2	67,3
Japón	111,4	105,6	100,7	101,0	120,7
Polonia	99,7	81,8	69,3	52,2	48,2
Canadá	108,1	91,7	76,7	62,8	65,2
Bélgica	100,1	89,8	82,8	69,9	74,3

FUENTE: Review of World Production, publicado por la Sociedad de las Naciones ⁽¹⁹⁾.

Como evidencian los datos, en la mayor parte de los países del primer cuadro se produce una caída vertical de la principal rama de la producción: la industria. Como se observó arriba, este sector productivo fue básico en el auge de los años veinte. Al entrar en crisis, todo el aparato productivo sufrió, quizás, el más fuerte remezón en lo que va del siglo XX.

Efectivamente, la reducción de la base industrial gestó la caída de la Renta Nacional, los precios y el empleo. El siguiente cuadro nos da cuenta de lo mencionado.

Cuadro N° 4

Reducción porcentual entre 1929 y 1932 de la Producción Industrial, Renta Nacional y Precios al por mayor

	Estados Unidos %	Alemania %	Gran Bretaña %
Producto Industrial	42	17	54
Renta Nacional	53	39	20
Precios al por mayor	38	35	30

FUENTE: Mitchell, B., *La Década de la Depresión* ⁽²⁰⁾.

Pero si bien los problemas en el sector productivo eran candentes, una de las características principales de la *Gran Depresión* de los años 30 era que, iniciada en los Estados Unidos, se extendió rápidamente a todos los países del orbe; sobre todo hacia aquellos que habían sido conductores de la economía mundial como la Gran Bretaña, Alemania y el resto de Europa. Efectivamente, el producto nacional de casi todos los países tenía una constante tasa de decrecimiento, al igual que la renta, lo que se traducía en una reducción abismal en los niveles de empleo; sobre todo porque en los primeros años de la depresión, ante las constantes caídas de los precios, que promediaban el 30 por ciento, la industria se defendió reduciendo drásticamente la producción, esto hacía que la demanda de mano de obra disminuya ostensiblemente. Así tenemos que durante 1932, en Alemania, el número de parados alcanzó a 6 millones; en Gran Bretaña, que tenía problemas desde 1921 con un paro de un millón de trabajadores, tras el crac de 1929, el desempleo se elevó a 3 millones de la fuerza de trabajo. En cuanto al desempleo en los Estados Unidos, el más afectado por la crisis, la siguiente tabla nos muestra la evolución del paro en ese país.

Cuadro N° 5

**Estimación del número de parados en Estados Unidos
desde 1929 hasta 1933**

	Cifra Total Millones	Porcentaje sobre el total de la pobla- ción activa civil
1929	1,5	3,1
1930	4,2	8,8
1931	7,9	16,1
1932	11,9	24,0
1933	12,6	25,2

FUENTE: Mitchel, B., *La Década de la Depresión* ⁽²¹⁾.

Si bien el empleo caía vertiginosamente, los salarios lo hacían al menos en forma parecida, sobre todo los nominales, lo que provocaba restricciones en la demanda fomentando un círculo depresivo insalvable; las remuneraciones cayeron a una tasa aproximada del 60 por ciento entre 1929 y 1933. El siguiente comentario nos brinda precisa ilustración de la crisis que atravesaba el sector real de la economía durante los años treinta en los Estados Unidos:

"En el conjunto de la nación, la construcción de casas residenciales se redujo en un 95 por ciento, perdiéndose nueve millones de cuentas individuales en cajas de ahorro. Quebraron el 85 por ciento de las empresas de negocios. El volumen de salarios de la nación se redujo en un 40 por ciento, los dividendos en un 56 por ciento, los salarios, en un 60 por ciento... el aspecto más depresivo de la gran depresión, fue que ésta parecía interminable. El año de 1930 la renta nacional cayó vertiginosamente, de 87 a 75 mil millones. El año de 1932, la renta nacional había descendido a la increíble cifra de 42 mil millones de dólares. Los ingresos del país habían bajado a 39 mil millones de dólares. Más de la mitad de la prosperidad se había desvanecido sin dejar rastro; el nivel de vida había retrocedido al punto en que se encontraba antes de 1914. Catorce millones de obreros se encontraban sin trabajo" ⁽²²⁾.

Como hemos señalado, el sector real de la economía, esto es, el producto, el empleo, los salarios, etc., evidencian y caracterizan una realidad en profunda caída. Sin embargo, es necesario resaltar los graves problemas financieros y monetarios existentes, toda vez que existen autores, como Milton Friedman, que consideran que la gran depresión fue fruto de un mal manejo monetario.

En efecto, es necesario reconocer la débil estructura financiera de esos años. La quiebra de la Bolsa de Valores de Nueva York, que había sido el reflejo de una situación económica anormal, se tradujo también en un pánico bancario sin precedentes; especialmente porque los créditos que se habían tomado para especular en la Bolsa se volvieron incobrables. Surgió el fenómeno conocido con el nombre de *efecto cascada*, a la quiebra de un banco le seguían varios. Hubo momentos en que la liquidación de los bancos constituía la parte más significativa del agravamiento de las cosas, pues los depositantes perdían su dinero y con esto sus posibilidades de consumo, provocando de esta manera una baja en los precios generales. Como señala Galbraith, otra fuerza deflacionista durante los años treinta fue el fracaso acumulado de los bancos. Al circular solamente el rumor de que un banco podría tener problemas, la gente empezaba a formar colas en las ventanillas a fin de salvar su dinero; esta zozobra afectaba a la generalidad de los bancos de la localidad que se veían llenos de clientes exigiendo sus depósitos. Al respecto es pertinente citar el análisis que nos trae el profesor Friedman:

"Un banco sólo puede hacer frente a una retirada de fondos pidiendo prestado a otro banco, o cancelando los préstamos que ha concedido. Los prestatarios pueden devolver entonces los préstamos retirando efectivo de otros bancos. Pero si las peticiones de los impositores para retirar sus depósitos se extiende a todos los bancos, éstos no pueden hacer frente a esta demanda con este procedimiento, surge entonces un pánico bancario que provoca un atesoramiento efectivo y tiende a reducir la oferta monetaria total" (23).

Ciertamente, la oferta monetaria se reduce, no solamente por la *preferencia* por liquidez de los depositantes, sino que los bancos, a exigencia de éstos, tratan de cancelar los créditos que han otorgado a sus clientes. Al no poder los prestatarios en una crisis como la de los años treinta enfrenar el pago de sus préstamos, los bancos quiebran. En Estados Unidos liquidaron 659 bancos en 1929, 1.352 en 1939 y 2.294 en 1931. El 11 de diciembre de 1930 cerró el Banco de los Estados Unidos, ubicado en el centro financiero mundial, Nueva York, dicho banco es el mayor que haya quebrado en la historia de Norteamérica, pues tenía dos mil millones de dólares en depósitos.

Lo cierto es que de los aproximadamente 25.000 bancos comerciales existentes en 1929, a finales de 1939, habían desaparecido, ya por haberse liquidado o por haberse fusionado, diez mil instituciones bancarias ⁽²⁴⁾. Indudablemente, los problemas financieros agravaron y le dieron un matiz aún más trágico a la depresión de los años treinta.

Pero si bien las condiciones internas de Estados Unidos y del resto de los países era calamitosa, el intercambio comercial a nivel internacional vivió iguales momentos de ruina; esto se debió fundamentalmente al peso que tenía la economía norteamericana en el mundo, pues representaba el 45 por ciento de la producción total del planeta y sus inversiones el 12,5 por ciento. Además la depresión se transmitía vía precios en el intercambio comercial.

El comercio internacional sufrió uno de sus principales males: el proteccionismo. El abandono de la convertibilidad de la libra esterlina al oro, producido en septiembre de 1931, inauguró un período de fuerte proteccionismo comercial, además de los precios de los productos que se intercambiaban en el mercado mundial, para ser competitivos, debían ser lo suficientemente bajos como los decaídos de Norteamérica; esto es, reducidos en un 30 por ciento a los vigentes en 1929, situación que empeoraba para las mercancías agrícolas que habían bajado en un 50 por ciento. Los problemas de los países que tenían que comerciar con los Estados Unidos, esto es la mayoría, se vieron aún más afectados por las elevaciones arancelarias decretadas por esta nación apenas conocida la inconvertibilidad de la libra. Surgió entonces una verdadera guerra comercial y la instauración del bilateralismo, que tan macabros efectos ocasionaría a la economía mundial.

A los problemas comerciales hay que sumar la fuerte reducción de préstamos estadounidenses a otros países, reducción que se debió fundamentalmente a la iliquidez gestada por el derrumbe de Wall Street. La iliquidez internacional originó por ejemplo que en Alemania quebrara uno de los principales bancos, el DANAT (Darmustaxdter und National Bank), igualmente, en 1931 suspendió sus pagos el mayor banco austríaco, el Kredit Austalt. Lo cierto fue que durante la gran depresión se redujeron en un 40 por ciento las corrientes comerciales y financieras mundiales y se declararon la inconvertibilidad de las monedas de la mayor parte de países ⁽²⁵⁾. El premio Nobel, Jan Timbergen, al comentar la crisis de los años treinta y el proteccionismo implementado durante la misma señala:

"La lección más importante que debemos aprender de los desgraciados años treinta es el fracaso de los nacionalismos de las políticas económicas. Las políticas que buscaban favorecer los intereses de una nación en detrimento de los intereses de las otras hicieron mucho daño. Un ejemplo de ello nos lo dan las restricciones comerciales y las devaluaciones, ambas aplicadas frecuentemente e intensamente durante aquel período" (26).

2. LA TEORIA ECONOMICA FRENTE A LA CRISIS DE LOS AÑOS TREINTA

Generalmente una crisis en el aparato productivo y sus consiguientes consecuencias en la situación económica global han evidenciado que la teoría interpretativa de una determinada realidad se encuentre también en crisis. Esto sucede debido a la imposibilidad a que llega cierta teoría económica dominante para explicar desde las causas mismas del apareamiento de fenómenos casi siempre novedosos. Al no poderse determinar las causas, surge una problemática inmediata: ¿Cómo contrarrestar o atenuar, al menos, los efectos de los mencionados acontecimientos anormales? Aparecen pues los llamados *pies de barro* de la teoría, especialmente cuando ésta se empeña en no reconocer lo que realmente está sucediendo debido a que sus postulados fundamentales no prevén dichos acontecimientos, por lo cual tampoco serían de su análisis.

Es notable aquello, pero son precisamente los períodos de crisis los que gestan un surgimiento inusitado de las investigaciones en ciencias económicas. Nuevas tesis y nuevos planteamientos tratan de dar sugerentes explicaciones a fin de describir e interpretar los acontecimientos del mundo objetivo, apareciendo entonces un apagamiento a lo concreto, olvidado en algunos momentos por la explicación filosófica abstracta, y dando paso a la creación y a la ruptura con la teoría dominante llamada también ortodoxa. La revolución científica es, por tanto, obra de condiciones específicas y concretas que la provocan y que incitan a los investigadores a rever y revisar sus creencias a condición de quedar obsoletos. Precisamente, en los convulsionados años treinta la teoría dominante se encontraba frente a acontecimientos no previstos en la doctrina; es más, la aplicación de la misma empeoraba las cosas y el abismo se engrandecía. La siguiente cita nos confirma que los alcances de la teoría económica muchas veces no abordan suficientemente la realidad; Robert L. Helbroner, refiriéndose a lo vivido en la depresión de los años treinta señala:

"Lo más importante de la depresión era la falta de trabajo . . . su existencia indiscutible demostraba, con mayor fuerza que cualquier texto, que había en el mismo algo que no funcionaba bien —aquella clase de desempleo— no estaba espe-

cificado entre los males posibles del sistema: era absurdo, imposible, falto de razón y paradójico; pero estaba allí presente" (27).

2.1 El pensamiento dominante y la crisis

El pensamiento dominante durante los años treinta es el perteneciente a los economistas llamados *neoclásicos* o del equilibrio. Estos autores aceptan en todos sus puntos la *Ley de Say* o Ley de los Mercados. En base a este principio se estima que dentro del sistema del intercambio generalizado no existe la posibilidad de que se den crisis económicas globales. Esto ocurre por la creencia de que dicho sistema posee la suficiente transparencia que hace que los individuos, persiguiendo sus fines particulares, logren, sin saberlo, obtener el fin social llegando al equilibrio y al bienestar. Para estos autores, la existencia del mercado provoca una asignación y empleo eficiente de los factores de la producción y una remuneración justa de los mismos.

Ahora bien, la indicada *Ley de Say* fue aceptada y cuestionada desde su misma promulgación por el autor *optimista* francés Jean Baptiste Say, quien afirma que *los productos se dan a cambio de productos* o lo que es lo mismo, *toda oferta crea su propia demanda*. En efecto, autores como Ricardo y Malthus polemizaron en torno al cumplimiento de esta máxima garantizadora del equilibrio y la imposibilidad de sobreproducción. El primero, David Ricardo, principal exponente de la Escuela Clásica concordó con Say, expresándose de la siguiente manera:

"Nadie produce con otro fin que el de consumir o vender, y vende con la exclusiva intención de comprar otra mercancía que pueda serle útil, o que pueda contribuir a la producción futura. Al producir, por tanto, uno se convierte necesariamente o en consumidor de sus propios bienes o en comprador o consumidor de los bienes de alguna otra persona . . . las producciones son siempre compradas por producciones o por servicios; el dinero es solamente el medio mediante el cual se efectúa el cambio" (28).

Una de las características de la escuela neoclásica es precisamente la aceptación irrestricta del principio enunciado, el mismo que, como se ve, permite creer en la igualdad perfecta entre la demanda y la oferta, no habiendo lugar entonces para la sobreproducción.

Sin embargo, es necesario dejar anotado el pensamiento en torno al tema vertido por el economista, también clásico, Thomas Roberto Malthus, quien en su artículo

Sobre el progreso de la Riqueza, ofreció la mejor réplica, para su tiempo, a la *Ley de los Mercados*, de Jean Baptiste Say.

Este autor, rival en muchas ideas de David Ricardo, pone en duda el criterio según el cual para aumentar la producción se necesiten tierras, capital y trabajo; señala que si bien es cierto, los mencionados factores son necesarios, lo realmente fundamental es la existencia de un aumento en la demanda de productos: "Lo primero que necesitamos –escribe–, antes incluso que todo crecimiento de la población y del capital, es una demanda efectiva de productos, es decir, una demanda hecha por los que tienen los medios y la voluntad de pagar por ella un precio suficiente" ⁽²⁹⁾. Malthus demuestra que en el sistema de intercambio generalizado, una demanda suficiente no puede nacer únicamente de los gastos hechos por los mismos productores, pues los capitalistas o los percibidores de rentas pueden haber decidido ahorrar con lo que no se cumplirá la Ley de Say de que toda oferta crea su propia demanda, apareciendo excedentes de productos en el mercado. Textualmente Malthus nos confirma este hecho de la siguiente manera:

"Ya hemos hecho la observación de que el consumo y la demanda, ocasionados por las personas empleadas en un trabajo productivo, no pueden llegar a ser un estímulo suficiente para la acumulación y el empleo del capital. Y en cuanto a los mismos capitalistas, agrupados en propietarios y demás personas ricas, suponemos que han decidido ser parcos y, privándose de sus placeres y su lujo ordinario, han decidido ahorrar sobre sus ingresos para aumentar su capital. Yo preguntaría en consecuencia, cómo es posible, en tales circunstancias, suponer que el exceso de productos obtenidos con un número mayor de obreros productivos pueden encontrar compradores, sin que se presente una disminución de precios tal que el valor de los productos llegue a caer por debajo de los costos de producción o, por lo menos, a disminuir en gran medida los medios a la voluntad de ahorrar" ⁽³⁰⁾.

Se puede concluir que, en la opinión de Malthus, las crisis de sobreproducción son perfectamente posibles. Esto evidentemente contrarresta lo pensado por Ricardo y Say; es más, nuestro autor señala que cualquier crecimiento de la producción sólo puede ser provocado previo un crecimiento de la demanda. Una segunda conclusión que podemos obtener del pensamiento de Malthus es el reconocimiento de la posibilidad de escasez de la demanda, la que provocaría el surgimiento de un exceso de capitales. Dicho exceso generaría la imposibilidad de ser invertidos en tanto los beneficios se han vuelto escasos e inciertos; surge entonces una ausencia de demanda efectiva de capitales, con la consiguiente paralización del

aparato productivo. Este es exactamente el tema que recogerá Keynes 115 años más tarde, después de la crisis generalizada y mundial de 1929.

Para superar los problemas de la *superproducción*, Malthus preconiza los grandes trabajos públicos cuyos productos no son puestos a la venta en los mercados. Sin embargo considera que la mencionada política es sólo un paliativo; estima que el impulso duradero a la producción se dará con el desarrollo del comercio exterior e interior, dicho desarrollo gestará el apareamiento de nuevos mercados, surgiendo así nuevas posibilidades a la inversión.

De todas formas, el aporte de Malthus fue desechado por el pensamiento dominante y se lo consideró improbable y no descriptor de la sociedad de intercambio generalizado. Los economistas de la escuela neoclásica consideraron válidas únicamente las reflexiones establecidas por Say y Ricardo, las mismas que, como vimos, no prevén desigualdades entre la oferta y la demanda en tanto toda oferta genera su propio consumo o demanda ⁽³¹⁾.

Los autores de la escuela marginalista o neoclásica realizaron un análisis detallado del equilibrio, afirman que el sistema capitalista contiene los mecanismos capaces de garantizar que la parte del ingreso no utilizada en el consumo sea destinada a la compra de bienes de capital. Bajo la perspectiva del equilibrio general, estos autores conciben una economía con tres mercados: uno de bienes, uno de trabajo y uno monetario. Estiman que el equilibrio en uno de éstos garantiza el equilibrio en todos los demás. Este razonamiento está basado en la creencia de que existe competencia perfecta, transparencia en los mercados y óptima información. Los economistas de la teoría del equilibrio, llamados también del razonamiento marginal, consideran que el producto social no es otra cosa que el resultado de una eficiente combinación de los factores de la producción (capital, tierra y trabajo).

Ahora bien, el mercado de bienes iguala las magnitudes del ahorro y la inversión. El ahorro en su definición más simple es la parte del ingreso que no se consume y constituye la oferta de capitales; la inversión, para los economistas neoclásicos, es la compra de medios de producción y constituye la demanda de capitales. El equilibrio entre el ahorro y la inversión está garantizado por la tasa de interés; así, cuando hay un exceso de ahorro, el tipo de interés baja provocándose un estímulo a la inversión; por el contrario, cuando existe escasez de ahorros, la tasa de interés tiende a subir limitando la inversión. Queda pues mediante este mecanismo asegurado el equilibrio y la plena ocupación de los recursos financieros en el mercado de bienes.

El mercado del trabajo está regulado por el salario real, que no es otra cosa que la relación entre salario nominal y el nivel de precios. Así tenemos que cuando la oferta de mano de obra es escasa, el salario real sube y, si en algún momento la demanda de fuerza de trabajo decrece, el pleno empleo se aseguraría con disminución del salario real. Los economistas neoclásicos consideran que el salario real es perfectamente igual a la productividad marginal del trabajo.

Finalmente tenemos el mercado del dinero; es necesario advertir que los economistas del razonamiento marginal separan en forma muy clara el aspecto real del aspecto monetario de la economía. Dicha distinción se produce debido a que la demanda de dinero realizada por los agentes únicamente proviene de la necesidad de realizar transacciones. Esta escuela parte de la hipótesis según la cual el dinero es un *velo* utilizado a fin de agilizar el intercambio de mercancías.

Es necesario recordar que los autores neoclásicos consideran a la producción social como fruto de una combinación eficiente de los factores de la producción. El valor monetario de esa producción social está dado por la multiplicación entre la cantidad producida y su precio. Los economistas marginalistas utilizan para determinar los precios la ecuación de cambio: $MV = PQ$ en la cual M es la oferta monetaria, V es el número de veces que circula el dinero, Q el nivel de la producción y P los precios. Según los autores del equilibrio, Q y V son estables; con lo que los precios variarán si cambia M . La cantidad de dinero es controlada por la autoridad monetaria de acuerdo con las necesidades de transacción de la colectividad. En épocas de funcionamiento del patrón oro o del patrón bimetálico se pensaba que un eficiente control de la oferta monetaria estaba dado por las reservas que tiene un país en metales preciosos. Se estimaba que el oro y la plata se distribuían en proporción a la producción y a la productividad de cada país y, en razón de éstas, se determinaba la relación recíproca de los niveles de precios en cada uno de ellos, por tanto, el patrón oro o plata se convertía en un eficiente regulador de la oferta monetaria y por ende de los precios ⁽³²⁾. El equilibrio en el mercado monetario depende entonces de un control automático de la oferta monetaria, bajo el reconocimiento de que ésta debe variar de acuerdo a la evolución económica del país.

Como vemos, este refleccionamiento está profundamente impregnado de la Ley de Say, los mecanismos como la tasa de interés, el salario real, la oferta monetaria, el patrón oro, hacen que cualquier distorsión sea corregida, habiendo una tendencia permanente y automática hacia el pleno empleo de los recursos productivos. Al existir los mecanismos idóneos para alcanzar el equilibrio, el pensamiento

neoclásico estima que la intervención de los gobiernos provoca distorsiones a la eficiencia del mercado. Consideran los escritores marginalistas que *la renta que corresponde a la plena ocupación es una renta siempre posible* pues, en el trasfondo de toda su concepción se encuentra la Ley de Say que afirma que la fuente de la cual proviene toda demanda es la renta generada en el proceso productivo⁽³³⁾.

De todas formas, la experiencia histórica demostraba que la economía no tenía un proceso permanente, como querían los teóricos neoclásicos, sino que marchaba con un ritmo profundamente cíclico. Es así como dentro del propio pensamiento marginalista surgen varias explicaciones a la crisis, las mismas que buscan sus causas en fenómenos no precisamente económicos. Así tenemos por ejemplo, uno de los más connotados autores y fundador de esta escuela, William Stanley Jevons, consideraba que los ciclos económicos son causados por el apareamiento de las manchas solares. Señalaba este autor que los ciclos económicos desde 1721 hasta 1878 han tenido una duración aproximada de 10,46 años entre una prosperidad y otra; y que las manchas solares (descubiertas en 1807 por William Herschell) mostraban una periodicidad de 10,45 años; por tanto, indicaba Jevons, "... las manchas solares ocasionan ciclos en las temperaturas, estas dan lugar a ciclos en las lluvias, y las lluvias a ciclos en las cosechas, causa inmediata de ciclos en los negocios". El postulado de Jevons quedó completamente invalidado cuando cálculos más precisos del apareamiento de las manchas solares elevaron su periodicidad a once años⁽³⁴⁾.

Otros economistas marginalistas quisieron dar explicaciones al apareamiento de las crisis; entre otros tenemos a Pigou, a Hawtrey, a Hayek, a Robins, a Fisher, a Wicksell, etc. Las explicaciones que daban los mencionados autores casi siempre tenían que ver con fenómenos monetarios. En resumen consideraban que las crisis económicas del sistema de intercambio generalizado se debían a alteraciones cíclicas provocadas por la oferta monetaria, la misma que puede ampliarse o contraerse. Dichos movimientos en la cantidad de dinero lograrían desestabilizar el sistema, pues producirían variaciones en el crédito con el consiguiente auge y depresión de los negocios; incluso, autores como Hawtrey llegaron a afirmar que las crisis y los ciclos económicos serían un asunto de análisis para la historia cuando deje de existir el patrón oro internacional pues, dicho sistema, causaba inestabilidad en el crédito con el consiguiente movimiento cíclico. Igualmente, los autores neoclásicos estiman que una causa fundamental de desequilibrio son las ayudas sociales (a los desempleados por ejemplo) que evitan que el salario real de la mano de obra no corresponda al tipo natural de equilibrio; esto es, que sea mayor al salario de pleno empleo.

2.2 La "revolución keynesiana" y la crisis

John Maynard Keynes, uno de los más grandes economistas de todos los tiempos y el pensador economista de mayor influjo que ha producido hasta ahora el siglo XX, nació un 5 de junio de 1883 en Inglaterra y falleció el 21 de abril de 1946 en ese mismo país. Durante su existencia desempeñó un papel muy importante, y hasta único, como elemento activo de la vida política, económica y cultural de Gran Bretaña y de occidente, sobre todo en el período comprendido entre las dos guerras mundiales.

A pesar de que publicó varias obras, las más conocidas y que marcan la evolución de su pensamiento son:

- a) *Las consecuencias económicas de la Paz*, 1919;
- b) *Tratado sobre el dinero*, 1930; y,
- c) *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, 1936 ⁽³⁶⁾.

En *Las consecuencias económicas de la Paz* considera Keynes que el capitalismo del *laissez-faire* estaba llegando a su fin desde agosto de 1914, justamente con el inicio de la Primera Guerra Mundial, cuando habían desaparecido las condiciones en que la iniciativa empresarial aseguró su éxito. En el *Tratado sobre el dinero* aparecen ya las decisiones de ahorro e inversión resueltamente separadas. Keynes en esta obra demuestra incluso que una campaña en favor de la frugalidad no es el mejor camino para que descienda la tasa de interés. Su obra cumbre es, indudablemente, *La teoría general del empleo, el interés y el dinero* en la cual Keynes expone íntegramente su pensamiento revolucionario.

Ahora bien, las obras de Keynes son una verdadera renovación con respecto al pensamiento económico dominante, sobre todo en lo que tiene que ver con el empleo, el ahorro y la tasa de interés. Si bien Keynes escribe en una época marcada por las crisis económicas, guerras mundiales, los procesos de liberación de las colonias, el fin de los patrones de cambio metálicos, etc., lo que le obliga a tomar posición que hace de la teoría una política práctica, no por eso deja de hacer teoría pura. El autor de la Teoría General da las pautas para el completo abordaje de la ciencia económica y sus seguidores se han visto estimulados para analizar el crecimiento y la macroeconomía abierta.

Las ideas fundamentales de Keynes se centran alrededor de cinco temas:

1. El carácter general de la teoría;
2. El papel del dinero;
3. La relación entre el interés y el dinero;
4. La inversión; y,
5. La incertidumbre del futuro.

Dicha temática y la mayor parte de las ideas consideradas como renovadoras en Keynes fueron ya enunciadas por otros autores, quienes se dedicaron sobre todo al estudio de los ciclos; así tenemos que, en 1862 aparece la primera obra que en forma detallada describe el ciclo económico e insiste sobre la aparición regular de las crisis. Dicha obra fue escrita por el economista parisino Clément Juglar bajo el título: *Des crisis commerciales et de leurs retour périodique en France; en Angleterre et aux Etats Unis*. Para esos años se explicaban las crisis a través de las teorías del *subconsumo*, *supercapitalización* y *aceleración*.

Las tesis del subconsumo se hallaban desarrolladas por F.B. Hawley, en su obra *Capital y Población* (1882) y en una serie de folletos publicados por V.H. Croke entre 1877 y 1895. Utilizando el principio de la aceleración, el economista alemán, Nase, 1879 decía que las crisis se explican por la existencia de bienes que no pueden aumentar su producción y, a un aumento de la demanda, surgen acciones especulativas. Como precursores de Keynes puede ser considerado el economista británico John Atkinson Hobbson; este autor atacó la teoría marginalista *Ortodoxa* y dio una explicación de las crisis mirando como causa de las mismas al subconsumo y al ahorro excesivo. En su obra escrita en 1895: *El problema del paro*, J.A. Hobbson señaló que la distribución desigual de las rentas es una de las causas que generan un exceso de ahorro y la insuficiencia en el consumo; para cubrir estos faltantes propugna el gasto en obras públicas. En 1902 aparece la obra de Arthur Spiethoff, quien considera que las crisis son producto de la superproducción de bienes de capital. Usando el mismo criterio, el economista sueco Gustav Cassell en 1918 y el economista austríaco F.A. Hayec en 1928, buscan explicarse el apareamiento de las crisis económicas. En 1913 aparece la obra del economista Aftalión denominada *Las periodiques de superproduction*; y, en 1917 el economista norteamericano Maurece Clarck publica *La aceleración del movimiento de los negocios y la ley de la demanda: un factor de los ciclos económicos*. Estas dos obras ven en la insuficiencia de la demanda la causa de las crisis.

Sin embargo, Keynes tuvo un precursor directo en el economista N. Johannsen (1874–1928) quien entre 1900 y 1928 consideró que las crisis son provocadas

por insuficiencia de moneda crediticia ofrecida por los bancos al final del período de expansión. Estaban de acuerdo con las tesis de Johannsen economistas muy famosos como el norteamericano Irving Fisher, el austríaco Ludwin von Mises y el británico R.H. Robertson. Johannsen publicó las obras: *El circuito de la moneda* y *Un punto olvidado relativo a las crisis*. Este autor señala por primera vez en la literatura económica en forma clara el principio según el cual el ahorro y la inversión son actos distintos; haciendo de esa desigualdad la clave que explica las fluctuaciones económicas ⁽³⁷⁾.

En general, el análisis sobre el ciclo económico lo encontramos a lo largo de toda la historia del pensamiento económico.

"Limitándonos solamente a los estudios sobre el ciclo efectuados en el siglo presente, debemos mencionar los estudios del ruso Tugan-Baranowsky, del francés Aftalión, de los ingleses Pigou, Hawtrey y Robertson, del americano Mitchell y del austríaco Schumpeter" ⁽³⁸⁾.

Indudablemente, todas y cada una de las ideas expuestas por los autores mencionados no constituyen una teoría sistemática, sino, son aportes o antecedentes sobre aspectos particulares faltando siempre un cuadro teórico que englobe los diversos elementos que deberían ser sistematizados, dicho cuadro teórico lo proveyó Keynes. Incluso se ha llegado a plantear que, aunque la mayoría de sus ideas ya habían sido enunciadas de una u otra manera, el autor de la Teoría General llegó a sus conclusiones siguiendo su propio método e incluso creando uno nuevo. De todas formas, vale la pena haber dejado, al menos, señalados varios autores que, anteriores a Keynes, se preocuparon de dar explicaciones a la crisis. Los autores considerados siempre pertenecieron a las escuelas clásica y neoclásica. Es de señalar que economistas como Carlos Marx y todos sus seguidores, a mediados del siglo XIX, ya invalidaron la Ley de Say y se dedicaron al estudio de las crisis que afectaban periódicamente al modo de producción capitalista.

Continuando con nuestro análisis, ciertamente el pensamiento de Keynes constituye una renovación en la doctrina económica dominante al cuestionar el principio básico de dicha doctrina que considera al capitalismo como un sistema perfectamente armónico. Keynes, rompiendo con la Ley de Say, fue capaz de demostrar que "la demanda no es siempre suficiente para absorber todas las mercancías producidas".

Para comprender de manera más didáctica la visión keynesiana creemos pertinente compararla con la visión marginalista anterior; para lo cual, utilizaremos los razonamientos de estos dos pensamientos en cada uno de los mercados.

El mercado del trabajo. — Como hemos señalado, la teoría marginalista considera que existe desempleo en la economía debido a que son demasiado elevados los salarios, por lo que estima necesario una disminución de los mismos a fin de igualar la oferta y demanda de mano de obra, eliminándose de esta forma la desocupación.

Keynes está en abierta contradicción con esa posición; señala que los salarios son contratados en términos nominales y no reales, es decir en términos monetarios. Además piensa que, a la altura del desarrollo llegado por las organizaciones sindicales se vuelve imposible disminuir los salarios monetarios, por lo que resulta ineficaz creer en la relación directa entre el nivel de salarios y la oferta de trabajo, pues, no se reduce la oferta de mano de obra porque disminuyan los salarios. Señala que el mercado del trabajo tiene características especiales y específicas, principalmente por la naturaleza del factor afectado, la mano de obra o fuerza de trabajo se caracteriza por su rigidez: su número (que no sufre grandes variaciones a corto plazo), su relativa inamovilidad (no sólo espacial, sino también de un sector a otro aún dentro de la misma empresa, por motivos de especialización) y el exceso permanente de oferta. En general, el mercado de trabajo suele ser un mercado intervenido donde, por su trascendencia social, se fijan reglamentaciones estatales que determinan los umbrales mínimos por debajo de los cuales no se permite actuar al mercado. Estima Keynes finalmente, que no es la flexibilidad salarial la que permite absorber una mayor cantidad de mano de obra sino los incrementos de la demanda efectiva. Contrariamente a lo pensado por los economistas tradicionales, cree que una disminución de los salarios podría provocar una baja en el empleo debido a un decrecimiento de la demanda efectiva.

Refiriéndose al nivel de empleo señala el autor de la Teoría General, que éste depende directamente de la demanda efectiva, por lo que, una baja en el salario provocaría una pérdida en el ingreso que se traduciría en una disminución del gasto, lo que gestaría una merma en la producción de bienes y servicios por parte de las empresas enviando éstas a la desocupación de la mano de obra empleada. Por tanto, la solución al desempleo es incrementar la demanda efectiva para lo cual, de acuerdo a Keynes, se puede utilizar el gasto del Gobierno.

El mercado de bienes. – Como ya indicamos, los economistas clásicos y neoclásicos, a excepción de Malthus, considera que existe equilibrio entre la oferta global y la demanda global de todos los artículos producidos, pues los pagos hechos por los empresarios a los distintos factores de la producción constituyen la demanda que es equivalente a la producción obtenida. Utilizando la Ley de Say, los economistas tradicionales señalan que el ahorro es idéntico a la inversión. El ahorro representa, como ya señalamos, la oferta de fondos y la inversión la demanda; equilibrándose estas dos fuerzas gracias a la tasa de interés, que sirve como mecanismo de ajuste. Al ser utilizado todo el ingreso en consumo o en inversión, la Ley de Say es cumplida fijándose el equilibrio en una tasa de interés que maximiza las esperanzas de los ahorristas e inversionistas.

Keynes cuestiona abiertamente el postulado del equilibrio neoclásico para el mercado de bienes; señala que tal situación de equilibrio es un caso muy particular del sistema capitalista en el cual, generalmente, el ahorro no es utilizado en su totalidad en la adquisición de bienes de capital, pues las decisiones de los ahorristas pueden no ser las mismas de las realizadas por los inversionistas apareciendo una desigualdad entre el ahorro y la inversión y por consiguiente disminuciones en la demanda efectiva en tanto no es utilizado todo el ingreso.

Justamente, la idea de que el ahorro y la inversión puedan no coincidir, por originarse en sujetos diferentes (hogares y empresas), es una de las principales características del modelo keynesiano. Este esquema hace de la demanda una variable no conocida; sin embargo, por definición la demanda efectiva está constituida por el gasto del ingreso de los hogares en consumo y por el gasto en inversión de las empresas. Por otro lado, no todo el ingreso de las familias puede ser consumido en tanto es posible que destinen parte del mismo al ahorro, con lo que se vuelve necesario que la inversión sea igual a lo no consumido de la renta de las familias. Pero las decisiones de ahorrar e invertir pueden no ser las mismas, en tanto, los primeros son incunvencia de los hogares y las segundas de las empresas. Para Keynes, el hecho de que se verifique la igualdad ahorro–inversión es un caso fortuito. Indica que no necesariamente el ahorro se transforma en inversión y que, más bien, en situación de crisis, la insuficiencia de demanda no sólo no provoca nuevas inversiones, sino que existe una subutilización de la capacidad instalada. De acuerdo con el autor de la teoría sobre el dinero, la inversión depende de la demanda efectiva existente. La formulación keynesiana señala que es la inversión a través del incremento en el ingreso la que determina

el nivel del ahorro. Se rescata de este análisis a la inversión como la fuente misma de los ingresos y del consumo; y el ahorro depende directamente del ingreso.

Un concepto fundamental en la inversión es el *multiplicador*, mecanismo inventado por el economista inglés Richard Kahn en 1931. Este autor estima que un incremento de la inversión autónoma (y en general de los componentes autónomos del gasto) se traduce en un incremento del ingreso, que es igual al incremento inicial de la inversión, multiplicado por un coeficiente que es precisamente el multiplicador. Esto significa que a un incremento de la inversión se genera un incremento en la producción, por consiguiente un aumento en el ingreso provoca un crecimiento en la demanda. La inversión tiene por tanto un efecto multiplicador que va por dos vías, cuando crece, la producción se incrementa en mayor cuantía a su incremento; mientras que cuando decrece, la producción disminuye en mayor cuantía a la rebaja en la inversión.

Otro concepto importante utilizado por Keynes en relación con la inversión es el que habíamos establecido como la eficiencia marginal del capital que es, básicamente, la expectativa de la empresa sobre la tasa de rendimiento futura de su capital invertido. Para que se produzca una inversión, la eficiencia marginal del capital deberá ser mayor que la tasa de interés de mercado. Ahora bien, por los *rendimientos marginales decrecientes*, la eficiencia marginal del capital disminuirá a dosis sucesivas de inversión, sin embargo se continuará invirtiendo si la tasa de interés disminuye en mayor grado. Con Keynes se mantiene el supuesto de que el nivel de equilibrio del ingreso se determina en el punto en que se igualan el ahorro y la inversión, en donde el primero depende del ingreso y la segunda es función exógena. Dicha situación de equilibrio del ingreso muy bien no puede corresponder a la de pleno empleo, lo que significa que puede existir un punto de equilibrio estable en situación de desempleo. La igualación entre ahorro e inversión se hace más bien desde un punto de vista contable, utilizando la variación de existencias (stock de bienes de capital). La variación de existencias más la formación bruta de capital fijo (inversión efectiva) es equivalente a la inversión, por lo que expost, ésta se iguala al ahorro ⁽³⁹⁾.

Como se puede observar, la concepción keynesiana, en el mercado de bienes, tiene sustanciales diferencias con la concepción anterior; Keynes privilegia la demanda y revierte la Ley de Say, esto es, la demanda determina la oferta y el equilibrio entre ahorro e inversión puede darse con desempleo.

El mercado monetario. – Como señalamos anteriormente, los economistas del razonamiento marginal habían separado el sector real del sector monetario; se hablaba del velo monetario en tanto se suponía que se demandaba dinero únicamente para facilitar el intercambio. Los únicos desequilibrios que podía sufrir este mercado estaban dados por los cambios bruscos y no técnicos en la oferta monetaria, controlada ésta por las autoridades.

Keynes va a cuestionar toda esta concepción y a construir una serie de aportes a la teoría sobre el dinero. En primer lugar considera que la tasa de interés es una variable que se determina en el mercado monetario y no en el sector real, como pensaban los economistas anteriores. Indica que es determinada por la oferta y demanda de dinero. La tasa de interés, de acuerdo a nuestro autor, no es el precio que equilibra la demanda de recursos para invertir y la oferta de ahorros, sino, que la tasa de interés es el precio que equilibra la preferencia por liquidez (demanda de dinero) con la cantidad disponible u oferta monetaria. Surge entonces la necesidad de determinar las causas por las que se demandan y ofrecen dinero. Para Keynes, se demanda dinero o se tiene preferencia por liquidez debido a tres razones: por transacción, por precaución y por especulación. Las razones de transacción y precaución dependen del ingreso de los agentes y tienen similar razonamiento que el de la ecuación de cambio utilizada por los economista neoclásicos.

La ruptura aparece cuando Keynes introduce la variable especulación en su análisis monetario. Señala que los individuos tienen preferencia por liquidez a fin de especular con el dinero para obtener ganancias. Para fundamentar su teoría de la demanda especulativa de dinero, considera las fluctuaciones en los precios de los títulos valores. Afirma que la incertidumbre en torno a las fluctuaciones de la tasa de interés hace que los agentes tengan una preferencia por liquidez por motivos especulativos. La relación inversa entre el precio de los títulos y la tasa de interés hace mover la demanda de dinero; más claramente indica que:

"Los especuladores tienen claras expectativas sobre los precios futuros de los títulos, por lo que compran o venden sus activos financieros según la relación entre el precio esperado y el precio actual " ⁽⁴⁰⁾.

Las variaciones en el precio de los títulos y sobre todo en su rendimiento, la tasa de interés, provocan modificaciones en la demanda de dinero. Aparece la tasa de interés como un fenómeno monetario. A este razonamiento Keynes incorpora el

de la *trampa de liquidez*, situación en la cual la tasa de interés llega a su límite inferior y el precio de los títulos valores es infinitamente alto. En la mencionada situación la demanda de dinero por motivos de especulación es absoluta. En resumen, nuestro autor considera que la demanda de dinero está en función del ingreso y de la tasa de interés.

Por otro lado, indica el autor de la Teoría General que la oferta monetaria es una variable exógena fijada por las autoridades monetarias. Entiende como oferta monetaria a la moneda legal (billetes y monedas) más la moneda bancaria (depósitos a la vista); considera que ésta debe fluctuar de acuerdo con las condiciones específicas internas. Claramente escribe:

"En una economía sometida a unos contratos redactados sobre la base del dinero y a unos hábitos más o menos estables, en que el stock de dinero y el tipo de interés interiores dependen sobre todo de la balanza de pagos, como era el caso de la preguerra, las autoridades no tienen a su disposición más que un medio ortodoxo de luchar contra el paro, crear un excedente de exportaciones e importar el metal necesario en detrimento de las naciones vecinas. No se ha inventado nunca en el transcurso de la historia un sistema más eficaz que el del patrón oro —o en otro tiempo el patrón plata internacional— para dirigir los intereses de las distintas naciones unas contra otras. En este sistema, en efecto, la prosperidad interior de cada país depende directamente del resultado de una lucha para la posesión de los mercados y para la satisfacción de las necesidades de metales preciosos" ⁽⁴¹⁾.

Keynes estima que la tasa de interés bajará con la liberación de la creación del dinero; dicha baja gestará la desaparición del *rentista*, que es uno de los causantes del paro debido a que pospone su consumo a fin de especular con el dinero.

La igualación entre la oferta y demanda de dinero establece la tasa de interés, la misma que puede cambiar por modificaciones de la oferta monetaria, que de acuerdo a Keynes debe ser controlada por las autoridades respectivas, siempre y cuando la economía no se encuentre en la trampa de liquidez, situación extrema en la cual las variaciones en la oferta monetaria no afectan a la tasa de interés.

Como hemos podido observar, la visión keynesiana rompe con el enfoque tradicional de equilibrio en los tres mercados, nuestro autor critica dichos enfoques y otorga al dinero un papel estratégico, como nexo protector entre el presente y el futuro incierto.

Han considerado los economistas posteriores a Keynes que la forma para comprender mejor las teorías de este es cuando se observan las medidas de política económica asociadas a su pensamiento. Es más, la actitud de Keynes no fue la de forjar instrumentos teóricos puramente abstractos, sino, ofrecer ideas operantes que puedan traducirse en acción por los estadistas; así lo confirma el conocido autor Joseph A. Schumpeter cuando señala que "Keynes siempre estaba dispuesto a olvidar cualquier lance pasado y a colaborar con todo aquel que se prestara a apoyar de alguna manera sus recomendaciones... sus lealtades fueron lealtades hacia medidas tomadas, y no hacia los individuos o grupos" ⁽⁴²⁾.

Se puede decir que la teoría keynesiana gira alrededor del paro, sobre todo del paro de la mano de obra; por lo que anuncia una serie de medidas posibilitadoras del pleno empleo. Considera Keynes indispensable elevar el volumen de inversión, para lo cual insiste en la necesidad de realizar lo más que se pueda una baja en la tasa de interés. Sin embargo, no piensa que se pueda asegurar con este mecanismo un volumen suficiente de inversión privada. Estima entonces que es necesario el desarrollo de las inversiones del Estado pues, la insuficiencia de inversión constituye la esencia de la depresión. Por ello se ha llegado a afirmar que la obra cumbre de Keynes *La Teoría General* no hizo otra cosa que defender normas que ya se aplicaban en los países de occidente a fin de salir de la crisis; como es el caso del *New deal* de los Estados Unidos. Dicha obra, efectivamente subraya con toda claridad el desastre que vivían los países occidentales no se debía a otra cosa que a una insuficiente inversión por parte del sector privado de la economía; por lo que se hacía necesaria la inversión de los gobiernos. La mayor inversión aseguraría incrementos en el volumen de la demanda efectiva la misma que aumentaría el empleo. Reducida la teoría de Keynes a sus términos más básicos afirma que el empleo depende de la cantidad de inversión, o bien, por el contrario, que el paro es originado por una insuficiencia de inversión. En palabras de Dudley Dillar, la relación inversión empleo sería como sigue:

"La inversión es la determinante del empleo. El empleo fluctúa, ante todo, porque fluctúa la inversión. El paro se origina primordialmente por una insuficiencia de inversión. La inversión flutúa porque el conocimiento presente del futuro descansa sobre una base precaria. Como la inversión es producción de bienes que no son de consumo actual, está relacionada con el futuro de manera directa" ⁽⁴³⁾.

Para Keynes, la forma de asegurar que la inversión sea la necesaria y que la demanda efectiva crezca a fin de aumentar el empleo, es vía incremento del gasto público. La demanda efectiva en Keynes es una variable no conocida, aunque por definición está constituida por el gasto de las familias en bienes de consumo y de las empresas en bienes de capital. Keynes hizo importantes estudios de la función Consumo, de la función Ahorro y de la función Inversión relacionándola con el multiplicador de Richard Kahan. Estableció también el ingreso de equilibrio, el mismo que puede muy bien corresponder a un equilibrio con desempleo. El análisis de estas funciones son muy importantes para entender el pensamiento keynesiano y han sido profundamente estudiadas, sobre todo, por los autores de los libros de texto sobre Macroeconomía. Un análisis de dichas funciones rebasan el alcance del presente trabajo.

CITAS

- (1) JOSE SAMANIEGO, "*Ecuador: crisis económica. Análisis comparativo de dos periodos históricos 1929-33, 1980-84*", Quito, PUCE, diciembre de 1977, p. 75.
- (2) JOHN K. GALBRAITH, "*El dinero*", Barcelona, Ediciones Orbis, S. A., 1983, p. 181
- (3) IBID, p. 186.
- (4) Efectivamente, en "*The Economic Consequences of the Peace*", Keynes señala las insensateces cometidas en el Tratado de Versalles y avizora lúcidamente las graves consecuencias económicas que provocará dicho tratado.
- (5) HENRI DENIS, "*Historia del Pensamiento Económico*", Barcelona, Editorial Ariel, 1970, p. 528.
- (6) Op. cit., J. K. GALBRAITH, p. 198.
- (7) JOHN K. GALBRAITH, "*El crack del 29*", Barcelona, Editorial Ariel, 1976, p. 240.
- (8) IBID, p. 240.
- (9) OP. CIT., JOSE SAMANIEGO, p. 50. Estos datos son sistematizados de la obra de Galbraith, "*El crack del 29*".
- (10) Op. cit., J.K. Galbraith, "*El dinero*", p. 209.
- (11) MILTON Y ROSE FRIEDMAN, "*Libertad de elegir*", Barcelona, Ediciones Orbis, S.A., 1983, p. 16.
- (12) IGNACIO MARTÍN URIZ, "*Crisis económicas en el siglo XX*", Barcelona, Salvat Editores, S.A., 1981, p. 7.
- (13) ROBERT L. HEILBRONER, "*Vida y doctrina de los grandes economistas*", Barcelona. Ediciones Orbis. S. A. 1985. p. 117.
- (14) OP. CIT., IGNACIO MARTÍN URIZ, p. 7.
- (15) OP. CIT., J. K. GALBRAITH, "*El dinero*", pp. 217-218.
- (16) OP. CIT., J.K. GALBRAITH, "*El crack del 29*", p. 136.
- (17) OP. CIT., MILTON Y ROSE FRIEDMAN, p. 117
- (18) IBID, p. 105.
- (19) OP. CIT., JOSÉ SAMANIEGO, p. 84.
- (20) IBID, p. 75.
- (21) OP. CIT., IGNACIO MARTÍN URIZ, p. 11.
- (22) OP. CIT., ROBERT HEILBRONER, p. 119.

- (23) OP. CIT., MILTON Y ROSE FRIEDMAN, p. 110.
- (24) OP. CIT., J.K. GALBRAITH, "El dinero", p. 226.
- (25) OP. CIT., IGNACIO MARTIN URIZ, p. 13.
- (26) JAN TEMBERGEN, "Hacia una economía mundial", Barcelona, Ediciones Orbis, S.A., 1983, p. 83.
- (27) OP. CIT., ROBERT L. HEILBRONER, p. 120.
- (28) Citado por PAUL SWEETZ, "La aportación de Keynes al análisis del capitalismo", Barcelona, Ediciones Ariel, 1968, p. 82.
- (29) Citado por HENRI DENIS, "Historia del Pensamiento Económico", p. 227.
- (30) IBID, p. 278.
- (31) JOSEPH A. SCHUMPETER, "10 grandes economistas: de Marx a Keynes", Madrid, Alianza Editorial, 1971, p. 283.
- (32) Para el análisis del equilibrio en los mercados monetario, de bienes y del trabajo hemos utilizado ampliamente la primera parte del artículo: "Pensamiento dominante y economía nacional en la década de los años veinte", de Patricio Almedia y Marco Naranjo, aparecido en el libro: "Crisis y cambios en la economía ecuatoriana en los años veinte", Quito, Banco Central del Ecuador, 1987, pp. 45, 46, 47 y 48.
- (33) CLAUDIO NAPOLEONI, "El pensamiento económico en el siglo XX", Barcelona, oikos tau, s.a., Ediciones, 1968, p. 72.
- (34) OP. CIT., ROBERT L. HEILBRONER, p. 133.
- (35) Op. cit., Jose Samaniego, p. 37.
- (36) Efectivamente, economistas muy conocidos como Joseph A. Schumpeter o Henri Denis estiman que las principales obras escritas por Keynes son las señaladas.
- (37) Para la exposición sobre los precursores de Keynes hemos utilizado ampliamente la ya citada obra de Henri Denis, especialmente las páginas que van de la 520 a la 526.
- (38) OP. CIT., CLAUDIO NAPOLEONI, p. 79.
- (39) JUAN FALCONI, PATRICIO LEON, SALVADOR MARCONI, "Keynes: cincuenta años después", Quito, III: PUCE, 1986, pp.83 a la 90. Esta obra la hemos utilizado intensamente para el estudio sobre el mercado de bienes.
- (40) JOHN MAYNARD KEYNES, "Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero", México, Fondo de Cultura Económica, séptima edición, 1965, p. 91.
- (41) JOHN MAYNARD KEYNES, "Tratado sobre el dinero", citado por Henri Denis, op. cit., p. 535.
- (42) OP. CIT., J. A. SCHUMPETER, pp. 358-359.
- (43) DUDLEY DILLARD, "La teoría de John Maynard Keynes", Madrid, Aguilar S.A. de ediciones, 1981, p. 13.